

Gonzalo Drago

Canto a Colchagua

1.—LA MONTAÑA



EN las altas cadenas de piedra encanecida
donde el rayo y el viento sacuden sus espa-
[das,
la lluvia es una ninfa de manos cristalinas
para mojar las sienes robustas de Colchagua.

Corazón inviolado, centinela de altura,
dibuja en el espacio sus ansias de infinito,
abre sus venas claras de rumorosos ríos
y hunde entre las estrellas sus dardos de granito.

¡Madre de los trigales, corazón de ceniza!
En sus tajos profundos el viento grita y ruge,
su voz de cataclismo perdura en sus volcanes
y abre rojas vertientes por sus bocas de azufre.

Yo te he mirado siempre con ojos de nostalgia
y admiro en mis silencios tu actitud muda y fiera,
porque tus melodiosos cantos de la montaña
calman la sed eterna y hacen parir la tierra.

Y te he visto en las tardes de bronce y de violeta cuando tu rostro puro se ilumina de altura, izar frescas banderas de nieve y de esperanza y abrir charcos azules sobre la tierra muda.

El agua, descendiendo por las blancas laderas, cruza limpios caminos de piedra, iluminada por la magia del sol, la luna o las estrellas para mojar los labios con sabor de montañas.

Sinfonía fecunda, de nieve y tempestades, tienes un bello nombre de mujer: Cordillera. De tus senos de piedra fluye la leche fértil que beben en los surcos las bocas de la tierra.

Y estás siempre presente, como un rostro de madre, molinera de nubes, distante y pensativa, para que el hombre escuche tus palabras de roca y arroje la simiente sobre la glebe herida.

2.—EL VALLE

Con horizontes verdes de álamos bailarines abre el valle su mano, generosa y tranquila. Esta es la buena tierra del huaso y de la moza, de las duras mazorcas y las rubias espigas.

Este es el predio fértil del hombre y la mancera, del rancho y de la teja, de húmedos arrozales, de las claras mañanas y las tardes bermejas danzando sobre alfombras de trébol y trigales.

Esta es la tierra mansa de bíblicos viñedos,
de vendimias paganas, de caldos purpurinos,
de higueras silenciosas, de olorosos lagares
que encienden en los ojos sus lámparas de vino.

Para admirar a Chile, venid hasta Colchagua,
abrid los ojos puros, perfumad vuestro aliento,
para que todo el campo se vuelque en las pupilas
y arda como una lámpara de sándalo y silencio.

Esta es la brava tierra del rodeo y la trilla,
de centauros y potros de cascos inclementes,
donde una flor de sangre florece en los caminos
cuando el hombre concede su cita con la muerte.

Valle de los vergeles, de los rubios aromos,
el de la cueca alegre, del agro y la paloma,
de la manta y la espuela, de la risa andaluza
y de trigos de rulo trepando por las lomas.

Venid hasta Colchagua, la de los ríos turbios,
de los frescos diluvios y cantos campesinos,
la de rojas camelias, naranjos perfumados,
durazneros en llamas y cárdenos olivos.

Abre su mano el valle, generoso y fecundo,
con el gesto sencillo del hombre y su manquera,
mientras en los barbechos germina la esperanza
y hay un mudo coloquio del árbol con la tierra.

3.—EL MAR

El litoral arrulla la vida de Colchagua
y alza lirios gigantes moliendo sus salmueras.
El océano canta, danza, ruge o enarca
su lomo como un potro piafando en las praderas.

El mar abre sus puertas, desata sus cuadrigas,
libertando las ansias de sus vientos salinos,
para que corran libres por la pampa del cielo
y hagan girar las aspas de los viejos molinos.

Siempre es el mar chileno el que inunda el paisaje,
el verde capitán de nubes y neblinas,
el creador de golfos, penínsulas y estuarios
y el que mece o sacude montañas de agua viva.

¡Oh, júbilo del agua de horizontes morados,
sacudiendo sus manos de lirios en las rocas,
extendiendo en la playa sus encajes de espuma
mientras cruzan el cielo fugitivas gaviotas!

Y en los grises inviernos cuando el viento furioso
galopa en sus corceles y rompe sus compuertas,
el mar ruge en la costa, dominando arrecifes
y el cielo de Colchagua llora con las tormentas.

Y cuando el sol se oculta—roja moneda antigua—
ardiendo entre arreboles bermejos y amarillos,
surge la maravilla de olas purpurinas
saltando sobre vallas de piedra en Infiernillo.

Mar de Colchagua, dulce, tranquilo o iracundo,
tejiendo entre las rocas mágicos gobelinos,
yo te he visto en las noches de peces y de lunas
descansar entre mantos de metales heridos.

Y en la pupila verde de Cáhuil, silencioso,
donde el mar y la tierra se besan las mejillas,
el corazón ensancha su armonioso sendero
frente a la nieve amarga de fugaces salinas.

Rumorosa de vida, besando el horizonte,
cobijada en la sombra, surgiendo en las mañanas,
la pupila de Dios—celeste y armoniosa—
detiene su mirada en el mar de Colchagua.